

FERNANDO VALLS / PRESENTACIÓN

¿Por qué un monográfico sobre Cristina Fernández Cubas? Pues, porque su trayectoria como narradora, en el ámbito de la literatura española en castellano, es una de las más importantes de las últimas cinco décadas. Su primer libro, *Mi hermana Elba*, con la atractiva cubierta de Claret Serrahima, data de 1980. Se trata de una escritora libre e independiente, como pocas; o dicho a su manera: «nunca he sido una escritora obediente», confiesa en sus memorias (2001: 12). Siempre ha escrito al margen de modas, mostrándose ajena a los cada vez más habituales deseos de figurar que tienen los escritores de hoy, de estar en medio, ocupando un espacio público que a menudo no les corresponde.

En su caso, con naturalidad y en el momento adecuado, ha obtenido algunos de los premios literarios más importantes, ya sea el Premio de la Crítica, el Nacional de Narrativa, ya el de las Letras Españolas, a lo que habría que sumar el aprecio de los lectores, el reconocimiento crítico, así como la atención el mundo académico, de lo que es buena prueba el doctorado *honoris causa* concedido por la Universidad de Alcalá, en el 2021, o el interés temprano por su obra que le viene mostrando el Departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Barcelona, de lo que resulta ser un buen ejemplo varias de las colaboraciones en este mismo número. Pero la difusión de sus libros ha cosechado también una dimensión internacional, no solo por las traducciones a otras lenguas (inglés, francés, portugués, italiano, alemán, holandés, árabe, turco, chino, sueco, noruego y danés), sino también por el interés que han mostrado hispanistas como Catherine G. Beller, K. M. Glenn, Janet Pérez, Jessica A. Folkart, Akiko Tsuchiya o Phyllis Zatlin, por solo recordar unos pocos nombres. El trabajo más relevante creo que ha sido el volumen coordinado por Irene Andres-Suárez y Ana Casas, con motivo del congreso dedicado en el 2005 a su obra en la Universidad suiza de Neuchâtel. Entre los críticos nacionales, es necesario destacar los trabajos de Juan Antonio Masoliver Ródenas, la citada Irene Andres-Suárez y Rebeca Martín. Pueden ver algunas de las contribuciones de todos ellos en la Bibliografía final.

Cristina Fernández Cubas ha cultivado todas las modalidades de la prosa narrativa y, en especial, el cuento. Pero también la novela corta (*El año de Gracia* o *El columpio*), la novela (*La puerta entreabierta*) e incluso el microrrelato, tal y como muestra aquí Gemma Pellicer. También es autora de un relato infantil: *De mayor quiero ser bruja* (2014) y de una obra de teatro, *Hermanas de sangre* (1998), de la que aquí se ocupa Francisca Montiel Rayo. Menos conocidas resultan, como es lógico, en persona tan discreta, sus actividades anteriores a la aparición de su primer libro, aunque algo nos ha contado en sus memorias y en el ar-

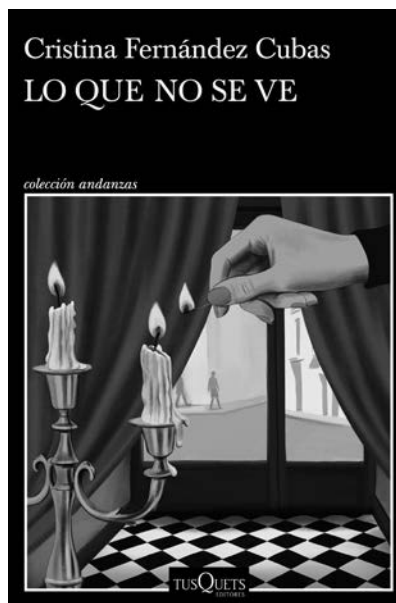
tículo que publicó en esta misma revista, titulado «Lo que no se ve» (n.º 894, junio de 2021, pp. 41 y 42). El caso es que sus estudios de Derecho, en la Universidad de Barcelona, le sirvieron

para conocer a una serie de personas de su edad, nacidos entre 1944 y 1946, que le llevaron al Teatro Español Universitario, el TEU, rebautizado posteriormente como Teatro Popular Universitario (TPU), y luego, al GOGO Teatro Experimental Independiente, vinculado al Instituto de Estudios Norteamericanos, que funcionó entre 1963 y 1965, bajo la dirección de Santiago Sans (1944-2019) y Mario Gas. En estos empeños, coincidieron con Cristina Fernández Cubas, Enrique Vila-Matas, Carlos Trías (1946-2007), a quien había conocido en 1964 en Derecho y que sería su marido, Carlos Canut (1944-2018), Carles Velat (1946-2016), Emma Cohen (1946-2016) y el citado Mario Gas, entre otros (Gas, 2025; y el testimonio de la autora). En *Cosas que ya no existen*, sus memorias, recordando aquellos años, confiesa:

«En aquella época, estábamos locos por el teatro, por viajar, por Brassens...» (2001: 64).

El gusto por viajar no lo perdió nunca, haciendo compatibles estancias largas con visitas breves por razones profesionales o por elección personal. Así, podríamos decir que sus ciudades han sido, además de Barcelona, Tours (1962), Berlín (donde pasó un año becada por el DAAD), Buenos Aires (1973), Guayaquil (1974), Lima (1975), Atenas, El Cairo (1978) o México. De todos esos viajes, la escritora ha contado infinidad de anécdotas, a veces por escrito y, en otras muchas ocasiones, le ha gustado referirlas de forma oral. Así, solo voy a recordar una de ellas, pues durante un viaje reciente que realicé a Estambul, la conversación nos sirvió para recordar la ciudad, la impresión que le produjo, su fascinación por el Pera Palace, y la estancia en el hotel de Agatha Christie, de cuyas experiencias surgió un cuento que le dio título a uno de sus libros.

Al sueño del teatro, se sumó el del periodismo. Primero, siendo muy joven, a mediados de los sesenta, en la revista *Trafalgar Square*, publicación que apareció en Barcelona en 1983, aunque ella colaboró a comienzos de los noventa, tal y como comenta en este mismo número Helena Usandizaga; en *Fotogramas*, donde en un momento coincidió con Vila-Matas; o *Primera plana*, donde hizo reportajes al alimón con Maruja Torres. Por último, no quiero dejar de referirme a la tertulia del Astoria (el Griffith de su cuento «Helicón» podría ser su trasunto), que se celebraba en un altílo del cine de ese mismo nombre, que cerró sus puertas en 1999. Se ha recordado que los que más la frecuentaron fueron, además de nuestra autora y Carlos Trías, Vila-Matas y Paula Mas-sot, Ana de Tord, Gonzalo Herralde y el poeta peruano y editor



Vladimir Herrera, a quien podemos leer en estas mismas páginas. Quizá sea innecesario decir que allí se conversó, se bromeó, se bebió y se consolidaron amistades, que en algunos casos han llegado hasta el presente.

Por lo que se refiere a su trayectoria literaria, me atrevería a decir que hay dos fechas clave: 1980, cuando aparece su primer libro de cuentos, que, junto al de Juan Eduardo Zúñiga, *Largo noviembre de Madrid*, tan distinto, iniciaría lo que me gusta denominar como *renacimiento del cuento español*; y la otra fecha es el 2015, cuando aparece *La habitación de Nona*, que obtuvo el Premio de la Crítica y el Nacional de Narrativa, entre otros, con dos cuentos magistrales, «Interno con figura» y «La nueva vida».

Es muy probable que Cristina Fernández Cubas sea uno de los últimos, y mejores eslabones, de la tradición que va de Poe (recuérdese que completó de forma magistral «El faro», y que lo homenajea en «La noche de Jezabel») a Cortázar; y en nuestras letras recientes, de José María Merino a Pilar Adón. Pero es sabido que junto a esta tradición culta, deben figurar los cuentos que le oyó en la infancia a su tata, Antonia García Pagès, a quien llamaban La Totó. La encontramos en «El reloj de Bagdad» convertida en Olvido.

A pesar de todo ello, la escritora se ha mostrado siempre insatisfecha con el legado recibido por la tradición literaria, utilizando de manera novedosa los recursos establecidos por la estética de lo fantástico; manejando, con libertad, aquella que le exigen sus historias, el tiempo y el espacio, la voz narradora y los desenlaces, el motivo del doble y el del espejo, la presencia de los fantasmas, los

umbrales y el viaje iniciático, sin agotar, con estos, todos sus recursos. Se trata, en suma, de cuestionar el orden establecido a partir de todos ellos.

Los que hemos tenido la fortuna de tratarla, creo recordar que a finales de los ochenta ya la invitamos a la Universidad, sabemos de su carácter afable, de su buen humor, su amena conversación y el gusto por contar historias. Con ella se puede hablar de casi todo, aunque siempre fue muy discreta con su vida privada; como le ocurría a Juan Marsé, no son los libros su tema preferido de conversación. Cristina no se desdobra, como le ocurre a tantos escritores, en la persona y en el personaje, pues en su caso no existe distinción alguna. Donde yo la he visto más ella, más como persona que como escritora, más la amiga entrañable que la autora prestigiosa, y perdonen esta pequeña confidencia, es ante una paella y una copa de vino, compartiendo mesa en La Pedreta con Gemma y Enrique Murillo. Voy a añadir una buena noticia: cuando este número aparezca, verá la luz su nuevo libro de cuentos, titulado *Lo*

que no se ve, en Tusquets, su editorial de siempre, cuya cubierta reproducimos en este número por cortesía de la editorial. Me atrevo a decir que, para *Ínsula*, es un honor poder llamar la atención sobre la obra de esta gran escritora.

P. D. He analizado con más detenimiento el conjunto de su trayectoria narrativa en Valls (2008: 9-20; 2016: 375-423; y 2025: 18-27).

F. V.—UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

F. VALLS /
PRESENTACIÓN



 Cristina Fernández
Cubas en 2025.
© Iván Giménez

VLADIMIR HERRERA / CRISTINA DE LIMA

La conocí en Lima. Estaba con Carlos Trías sentada en el Woni, el chifa cantonés de borrachera segura de los poetas de entonces. Yo sabía que al periódico en que trabajaba habían llegado dos redactores españoles, él y ella, amigos de Mirko Lauer. Y me senté a su mesa con el rollo de un artículo reciente sobre petróleo o petroleros que me gustó por su estilo.

De aquellas copas salieron estas nieves y una amistad portentosa nunca hollada, aunque la ausencia de Carlos siempre reciente nos dejara temblorosos a varios porque tuvimos los mismos amigos aquí y en Barcelona.

Fue Cristina quien me animó a salir de Lima, luego de un típico terremoto limeño, cuando hablábamos de fray Pedro Urraca y santa Rosa de Lima y de aquel santo moreno que convertía a los ladrones en colchones.

Cristina volvió a Barcelona en el mes de agosto del 75 embarcada en el Verdi. Yo le seguí en el Donizetti en septiembre. El viaje duraba un mes, lo suficiente para conocer al amor de tu vida mientras Franco fusilaba en España, razón por la cual mi barco desembarcó en Cannes. Lío de sindicatos portuarios.

Fue el vino rosado fresquísimo que nos invitó a Helena y a mí el que iniciara mi cariño por su ciudad, mi fervor por sus historias todavía no publicadas. Cincuenta años después me doy cuenta de que conocerla fue para mí entrar en Barcelona por la puerta grande. Pronto estaríamos con Vila-Matas y Paula en el Boadas, con Gonzalo Herralde y Juan Marsé al lado. Y con el único Gómez de Pablos ganándole a Carlos Trías en altísimas carcajadas.

V. H.—POETA

FUNDADORES: ENRIQUE CANITO Y JOSÉ LUIS CANO
COMITÉ DE DIRECCIÓN: J. ÁLVAREZ BARRIENTOS, A. AMORÓS,
I. ARELLANO, L. BONET, G. CARNERO, L. A. DE CUENCA, A. EGIDO,
P. FERNÁNDEZ, T. FERNÁNDEZ, L. GARCÍA JAMBRINA, L. GARCÍA LORENZO,
L. GARCÍA MONTERO, P. GIMFERRER, L. GÓMEZ CANSECO, J. GRACIA,
J. M. MICÓ, E. NOGUEROL, J. M. POZUELO YANCOS, A. L. PRIETO DE PAULA,
D. RÓDENAS DE MOYA, F. RODRÍGUEZ LAFUENTE, J. SILES, A. SORIA OLMEDO,
F. VALLS, J. URRUTIA Y D. VILLANUEVA
J. KORTAZAR (LETRAS VASCAS)
A. TARRÍO VARELA (LETRAS GALLEGAS)
J. SUBIRANA (LETRAS CATALANAS)

ÍNSULA 945
SEPTIEMBRE 2025

3

EDITORA: ARANTXA GÓMEZ SANCHO
SUSCRIPCIONES Y ADMINISTRACIÓN: PAULA PUJADAS
EDITA: EDITORIAL PLANETA, S. A. U.
AVDA. DIAGONAL, 662-664 - 08034 BARCELONA